

SALAM ALEKUM



Momento "MOROCCOtudo"

Dicen muchos que el trabajo en una biblioteca es relajado. A lo mejor hace unos años así sería, pero ahora ese trabajo es la mar de dinámico, no solo por las posibles nuevas necesidades de los lectores sino por los nuevos usuarios, cada vez más habituales. Son extranjeros, cada uno de ellos con unas costumbres y unos hábitos que nos contagian día a día y que quizá hay que aprovechar de vez en cuando como posibles ideas para evadirse de la vida rutinaria en la biblioteca...

Queridos compañeros del metal, del vil metal: continuó inmersa en la crisis, sufriendo las estrecheces: las económicas y las de mi ropa. ¡Caramba, con la cinturita que lucía yo! He pasado de la de avispa a la de sumo. A la de sumo un kilo detrás de otro. Y a la de sumo del tipo no te acerques que te crujo. Y de avispa lo único que conservo es el aguijón. ¡Mala leche tiene la vida! En fin, nadie dijo que fuera fácil vivir.

Y mientras, aquí en la biblio, todos mis compis sacándole provecho a la crisis y punta a mi “puerco” (porque un cuerpo como el mío, rechoncho y con panceta, sólo puede ser un puerco): la del Mary Kay con su catálogo, la otra con los gayumbos de ganchillo. Y entre col y col: “¿Te has fijado como está de abandonada nuestra compañera? ¡Viejuna total!... Y fondona”. Y yo poniéndome enferma de los nervios y hasta arriba de galletas para paliarlos. ¡Hala, a prestar, a callar y a comer! ¿Será posible? Pero si esto más que una biblioteca parece un zoco tras Ramadán. Y no falta ni el nido de víboras.

Entre la crisis y el alto porcentaje de inmigrantes que tenemos... A mí me cuesta mucho adaptarme. No, y que está muy bien eso de la globalización y ser ciudadano del mundo. Pero vamos que, a mí, mi puesto de trabajo me sale por un riñón, porque cuando no es la consulta del psiquiatra es la del nutricionista, para que me ponga a dieta porque no soy capaz de cerrar el pico. Y no precisamente por hablar (y menos en otros idiomas), sino porque abro la boca cual boa constrictor y arrampo con lo que se me ponga por delante. Dice mi espeso que mi trabajo es relajado. ¡Ja! Eso era antes. Que ahora hay que tener mucha psicología y dominar idiomas. Que tan pronto te llega el rumano y te da unas “Buenas tarrrrdes, Señorrrrita”, que te pone firme, como el chino mandarín que te cambia la erre por la ele, como el que, directamente, viene a insultarte a bocajarro. De estos hay muchos, y todos marroquíes. La han tomado con mi pobre compañero y no hay día que no le insulten. Cada vez que le ven le largan a la ligera un “¡Selá malicón!”. Claro que, a buen sitio han ido a parar. Mi compañero no se despeina. Le devuelve un “¡Malecón serás!” y punto. En fin, menos mal que la cosa no pasa a mayores. Se ve que ambas partes lo han asumido con normalidad. ¡Qué cosas, eh! Hemos pasado de llevarlo de tapadillo a salir del armario y, ahora, delatar al contrario. ¡Y, joe, qué éxito tiene mi compañero entre el sector gay! Moja... (un momento, Moja de Mohamed) sólo quiere que le atienda él. Y ya le he dicho yo a mi compi: “Cuidadín no te pongan a rezar mirando a la Meca que, el día menos pensado, te dan por... (un momento, otra vez)... por uno de los suyos y acabas cambiando los libros por camellos”.

En fin, que aquí todos paliando la crisis como pueden, regateando... Y yo... yo na. Voy a tomarme mi descanso para ver si me da el aire fresco y me relajo. Salgo a la calle, me encuentro con Mustafá. Para nosotros M'estafa, porque no hay día que no se lleve dos pelis por el “precio” de una o semana que no nos coloque, en el sentido más amplio, un perfume embriagador: si lo compras ya te lo

ha colocado y si no te vas colocado de narices... Sigo: me invita a fumar de su cachimba. Y, mira, aunque yo no fumo, hoy voy a darle una caladita, a ver si me quita el hambre y se me ilumina la mente. “Venga esa pipa”, le digo. “¡Uf, qué fuerte!”, le comento. A lo que me contesta no sé qué de unas galletas María Juana, o algo así. Será que tengo el estómago vacío y para que no me siente mal. “¡Venga esa cooky!”. Le doy las sucran y me marchó, paladeando la versión moruna de las galletas María, digo yo. Aunque a mí se me antoja a las finas hierbas.

Entre la crisis y el alto porcentaje de inmigrantes que tenemos... A mí me cuesta mucho

De pronto suena mi móvil. Es el Concejal de cultura y festejos del pueblo vecino. Alá ha escuchado mis plegarias. ¡Voy a triunfar! Hace unos días, mientras éstos regateaban con mis compis (“¡Wája, wája!”, que quiere decir vale, de acuer-





do), revisé y envié mi currículum artístico junto a un vídeo de mi última actuación (hace 20 años), a varios ayuntamientos, castigando al mío por varios motivos: primero, porque yo aprendí a no mezclar churras con merinas; segundo, porque no me da la gana dar a conocer esta artística faceta mía y despertar más envidias; y, por último, porque no quiero que nadie conocido, y menos mis usuarios, se percaten de que tengo celulitis en las piernas!... (me dice el edil): “Buenas tardes, señorita” (¡Dios, ha visto el vídeo porque me llama señorita y no señora!). Querría saber de su disponibilidad y caché (en el sector de la farándula sí que valoran el talento del trabajador).

- (la artista bibliotecaria): “Señor Festejo, digo, Señor Vencejo (¡empiezan así y terminan como buitres leonados!), llame, por favor, a mi manager para las cuestiones de agenda y economía” (hay que darse importancia; le he pasado el móvil de mi esposito).
- (y rápidamente la artística bibliotecaria y abnegada esposa): “Cariño, te va a llamar el Sr. Vencejo, concejal de festejos, para contratar mi espectáculo”.
- (mi esposito, que no me oye o no me quiere oír): “¿Qué le pasa a tu culo?”.
- (yo, empezando a desesperarme): “Culo no, ¡es-pec-tá-CULO!, sordo”.
- (y el otro, más sordo que una tapia):

“¿Que te han mandado a tomar por...?”.
 - (aunque no sería de extrañar, insisto): “¡EspectáCULO!”.
 - (mi esposito, oído al parche, y horrorizado): “No pienso ser cómplice de tu demencia. Baila, canta, toca las castañuelas, haz gorgoritos con ese pájaro. Pero no cuentes conmigo para hacer el ¡ri-dí-CULO!”.

Cuelgo el móvil. De regreso a la biblioteca pienso en lo rencoroso que es. Y en lo cobarde. Me la tiene jurada desde aquella vez que me pidieron que amenizara una plaza con unos bailecitos de salón. En el último momento mi pareja profesional me falló por un dolor agudo, precisamente ahí, en el culo, consecuencia de un forúnCULO (perdón, eh).

Así que no me quedó más remedio que llevarme a mi esposito, engañado, hasta el centro de la plaza. Fue todo tan rápido que no se percató de la situación hasta que oyó por megafonía: “¡Con ustedes, los bailarines!”. Él miraba a derecha e izquierda, tratando de visualizar, sin éxito, a los bailarines, hasta que los lugareños nos hicieron corro y se topó de bruces con la cruda realidad: él y yo igual a cuerpo de baile (él todo lo traduce a fórmulas, ¡de formación profesional!). No se desmayó porque yo le tenía entre mis brazos. Le dije: ¡Sígueme, yo te llevo! Fue como bailar con un trapo, con una

marioneta. No tenía sangre en las venas y la mandíbula se le quedó encajada, pero abierta, por lo que tragaba tanto aire que no dejaba de hiperventilar. Además parecía que me había puesto de acuerdo con la orquesta para la selección musical. Comenzaron con “Marcial, tú eres el más grande”, como para que se viniera arriba. Continuaron con “Oye, mi cuerpo pide salsa”, como para eximirme de toda culpa. Siguieron con “Si tú me dices ven, lo dejo todo”, como para demostrarle que yo sí lo haría por él. Luego, llegó aquello de “La culpa fue del cha-cha-chá”, como si yo estuviera echando balones fuera... Y, finalmente, acabaron con “¡Que le den candela!”, la gota que colmó el vaso. Sé que, en el fondo, lo que le fastidió no fue tener que bailar que, para un pueblo y a oscuras... sino que yo le manejara a mi antojo (que aunque lo hagamos siempre, los hombres no soportan que sea públicamente. Es algo ancestral, que tienen grabado en su código genético)... y que, al día siguiente, estuviera en boca de todos. Y que en la Academia, en vez de felicitarle por sus artículos e investigaciones, lo hicieran por bailar como el CU... En fin, como eso.

*De regreso a la biblioteca
pienso en lo rencoroso
que es. Y en lo cobarde.
Me la tiene jurada desde
aquella vez que me
pidieron que amenizara
una plaza con unos
bailecitos de salón.*

Llego a la biblioteca. M'estafa continúa en la puerta, con la shisha. Entro. Estoy indignada con mi espeso. Salgo. “¡Venga la pipa y otra Mari Juana de esas!”. Vuelvo. Me sitúo en mi puesto. La tarde se presenta aburrida, con poco movimiento. Me siento cual cobra en su cesto, divagando sobre qué número ofrecer al alcalde para que sea un espectáculo memora-



ble. Entra M'estafa. ¡Moro a la vista! ¿Moro he dicho? Salgo del mostrador, me tiro al suelo y le beso los pies. Grito: “¡Sucran, sucran!”. M'estafa no entiende pero yo sí: hay moros en la costa y yo tengo panza, voy a hacer un espectáculo de danza del vientre.

Ahora lo único que me falta es refrescar mis conocimientos. Me documento, que por algo soy bibliotecaria. Selecciono fondo bibliográfico y audiovisual, me pongo los auriculares y escucho música árabe al tiempo. Estoy inspirada. He pensado en llamar a mi espectáculo “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, acorde con los tiempos que corren. Pero no quiero líos. Me voy a presentar como Haala Haifa, es más cacofónico y significa aurora de cuerpo hermoso (soñar es libre y no cuesta). ¡Uf, qué bien empiezo a sentirme! Estoy mejor que si me hubiera tomado un Amiplín. Continúo ojeando los libros: vestidos, velos, crócalos... y escuchando la música. Y hablando de ojear, siento que mis ojos se cierran y que soy incapaz de sostener los párpados abiertos. Me siento cual reina mora. Momento “MOROCCOtudo” totaaal. ▀